

Humanitas

Universidad Autónoma de Nuevo León
Anuario del Centro de Estudios Humanísticos

Núm. 37 Vol. II
Enero-Diciembre 2010

*Ciencias
Sociales*



UANL



Una publicación de la Universidad Autónoma de Nuevo León

Dr. Jesús Áncer Rodríguez
Rector

Ing. Rogelio G. Garza Rivera
Secretario General

Dr. Ubaldo Ortiz Méndez
Secretario Académico

Lic. Rogelio Villarreal Elizondo
Secretario de Extensión y Cultura

Dr. Celso José Garza Acuña
Director de Publicaciones

Lic. Alfonso Rangel Guerra
Director del Centro de Estudios Humanísticos
Editor responsable

Mtro. Francisco Ruiz Solís
Corrección de estilo y cuidado editorial

Lic. Adriana López Montemayor
Circulación y administración

Humanitas, año 37, núm. 37, enero-diciembre 2010. Fecha de publicación: 15 de enero del 2011. Revista anual, editada y publicada por la Universidad Autónoma de Nuevo León, a través del Centro de Estudios Humanísticos. Domicilio de la publicación: Biblioteca Universitaria Raúl Rangel Frías, primer piso, av. Alfonso Reyes núm. 4000 norte, col. Regina, Monterrey, Nuevo León, México, c.p. 64440. Tel: (52 81) 8329 4000, ext. 6533; fax: 6556. Impresa por: Imprenta Universitaria, Ciudad Universitaria, s.n., c.p. 66451, San Nicolás de los Garza, Nuevo León, México. Fecha de terminación de impresión: 20 de diciembre del 2010. Tiraje: 500 ejemplares. Número de reserva de derechos al uso exclusivo del título *Humanitas* otorgado por el Instituto Nacional del Derecho de Autor: 04-2009-091012392000-102, de fecha 10 de septiembre del 2009. Número de certificado de licitud de título y contenido: 14,909, de fecha 16 de agosto del 2010, concedido ante la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. ISSN: en trámite. Registro de marca ante el Instituto Mexicano de la Propiedad Industrial: 1,169,990.

Las opiniones y contenidos expresados en los artículos son responsabilidad exclusiva de los autores. Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier forma o medio del contenido editorial de este número.

Impreso en México.
Todos los derechos reservados.
© Copyright 2010.
cesthuma@mail.uanl.mx

HUMANITAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

Director fundador

Dr. Agustín Basave Fernández del Valle

Director

Lic. Alfonso Rangel Guerra

Jefe de la sección de Filosofía

M.A. Cuauthémoc Cantú Garza

Jefa de la sección de Letras

Dra. Alma Silvia Rodríguez Pérez

Jefe de la sección de Ciencias Sociales

Lic. Ricardo Villarreal Arrambide

Jefe de la sección de Historia

Profr. Israel Cavazos Garza

ANUARIO
HUMANITAS 2010

**Ciencias
Sociales**

**Ricardo Villarreal Arrambide
Coeditor**

ARQUITECTURA VERNÁCULA URBANA Y SOCIEDAD INFORMACIONAL

Diana I. Maldonado Flores*
Facultad de Arquitectura, UANL

Arquitectura vernácula urbana

UNA DE LAS DIVISIONES GENERALES de la arquitectura, conocida y aceptada por casi todo el mundo, es la que la divide en prehistórica e histórica; si se piensa en otra organización de los objetos arquitectónicos que no considere el factor temporal, pero que resulte tan general como la primera, se pudiera hablar de objetos diseñados por arquitectos educados en la academia y otros producidos por arquitectos empíricos, es decir, la arquitectura puede ser académica o vernácula.

El término *vernáculo* es utilizado en diferentes áreas de la vida cotidiana. Iván Illich (2006) señala que vernáculo involucra los conceptos de arraigo y refugio; el latín *vernaculum* se utilizaba para señalar todo lo que era confeccionado en casa, contrario a lo que se obtenía por intercambio; los romanos de la antigüedad empleaban el término para definir la subsistencia lograda a partir de sistemas de reciprocidad inscritos en todos los aspectos de la vida, donde no existía la compensación económica. Illich explica que ese sentido general del término se trasladó a la lengua, así se llamó *habla vernácula* a las palabras y expresiones generadas en el ámbito particular de quien las expresa; el autor elige la palabra vernáculo para calificar las acciones autónomas, fuera del mercado, por medio de las cuales la gente sa-

* Arquitecta, docente e investigadora. Especialista en diseño arquitectónico, maestra en Ciencias por la UANL y doctora en arquitectura por la UNAM.

tisface sus necesidades diarias —acciones que escapan por su misma naturaleza al control burocrático, satisfaciendo necesidades que por ese mismo proceso obtienen su forma específica. Al hablar de lengua vernácula y de la posibilidad de su recuperación, trato de que se tome conciencia y se discuta la presencia de una manera de existir, de actuar, de fabricar, que en una deseable sociedad futura podría extenderse de nuevo a todos los aspectos de la vida.

El autor considera que la propagación del término *vernáculo* se debe al uso práctico, y señala que “los pobres modernizados son aquellos cuyo dominio vernáculo, en palabra y acto, es el más restringido: quienes obtienen menos satisfacción de las actividades vernáculas a las cuales todavía pueden liberarse” (Illich, 2006, págs. 93-109).

En el campo de la arquitectura, lo vernáculo es lo nativo de la región; ahora bien, la arquitectura vernácula puede ser rural o urbana. Armando Flores fue el primero en considerar la existencia y producción de la arquitectura vernácula en las ciudades, sus reflexiones sobre el tema comienzan en la década de 1980 y se concretan en el documento titulado “La arquitectura rural y urbana del noreste de México”. Con respecto a la arquitectura vernácula construida en las ciudades, Flores apunta que se utiliza “un constructor especializado en el oficio, prevaleciendo el criterio participativo con el usuario; siguen vigentes la mayoría de las características de la autoconstrucción y se tomarán en cuenta las exigencias particulares del grupo familiar; el tamaño dependerá de la riqueza, se cuidará de la relación con el sitio y el microclima, se harán ajustes y cambios durante el proceso constructivo y se podrán hacer adiciones y sustracciones a la construcción, pues no se opera con el concepto de obra total o terminada” (Segundas jornadas para la identidad de la cultura noresense, 1986, p. 6).

Es en el texto *Ornamentaria*, producto de su tesis doctoral, donde Flores utiliza el término *arquitectura vernácula urbana*, y la define a través de características generales:

La arquitectura vernácula urbana, que se caracteriza principalmente por ser anónima, manejo de sistemas formales y constructivos pri-

marios, búsqueda de semejanza y respeto con el entorno construido, entre otras, sigue siendo dominante y se produce con material prefabricado por autoconstrucción y técnicos de la construcción. La arquitectura vernácula urbana es contenedora tanto de lecturas de identidad regional como influencias transculturadoras (2002, págs. 208-210).

En el texto *Aprendiendo de Las Vegas*, Venturi y Scott (2006) denuncian la falta de tolerancia de los profesionales de la disciplina con respecto al vernáculo comercial, es decir, la arquitectura que se da a lo largo del *strip* de la ciudad de Las Vegas, por considerarla fea y ordinaria; también señalan la aceptación, por parte de los arquitectos modernos, de otros tipos de arquitectura vernácula, como la primitiva y la industrial.

Los análisis reflexivos de la arquitectura vernácula comenzaron el año de 1954, con el trabajo de Sibyl Moholy-Nagy, titulado *Native Genius in Anonymus Architecture —Espíritus nativos en la arquitectura anónima—*; a este estudio siguieron otras investigaciones, entre las que destacan los textos de Rudofsky, Goldfinger, Rapoport y Oliver. Estos primeros estudios conciben a la arquitectura vernácula como rural y solo en los trabajos de Rapoport y Oliver aparece la hipótesis de la existencia de la arquitectura vernácula en las ciudades.

En el libro *Vivienda y cultura*, Amos Rapoport (1972) analiza los diferentes tipos y formas de la arquitectura vernácula, a la que también llama *popular* o *folk*, categoriza los objetos arquitectónicos en edificios importantes y los que no lo son: los primeros pertenecen a la arquitectura académica y los segundos a la arquitectura vernácula, y supone que esta división es el resultado de la indiferencia de los profesionales de la disciplina. El autor define la tradición *folk* como la versión inconsciente de las formas físicas de una cultura, de sus necesidades, valores, deseos, sueños y pasiones; posteriormente divide la arquitectura perteneciente a dicha tradición en dos grupos, por un lado los edificios primitivos y por otro los vernáculos, éstos a su vez se subdividen en vernáculos preindustriales y vernáculos modernos o posindustriales.

Paul Oliver escribió *Cobijo y sociedad* (1978), texto publicado en el año de 1978, donde el tema principal es la arquitectura vernácula. En el documento el autor establece diferencias entre arquitectura y ciencia de la construcción, y entre edificio y arquitectura; menciona que la utilización del término *arquitectura vernácula* no es del todo correcta; sin embargo, el uso común garantiza su permanencia. Oliver señala que la arquitectura vernácula es didáctica, homogénea, tiene escala humana, mantiene una estrecha relación entre la sociedad y el objeto arquitectónico, utiliza los materiales disponibles, no intervienen especialistas para su construcción, se respeta el contexto cultural y el medio ambiente; su uso por lo general es habitacional.

En la introducción de la segunda parte del documento, Oliver apunta que el objetivo es exponer tipos de arquitectura vernácula en contextos distintos, “mostrar por medio de ejemplos cómo diferentes clases de edificaciones satisfacen las necesidades de sus respectivas comunidades y contienen valores esenciales para ellas”, además de que “se consideran edificios de uso corriente que representan formas vernáculas tradicionales ya establecidas y también otras que emergen en nuestros días” (1978, p. 37). En sus ensayos se utilizan los términos *vernáculo tradicional*, *vernáculo nativo*, *vernáculo muerto* y *vernáculo contemporáneo*. En la segunda parte de la obra se encuentran los artículos “Benavides y el movimiento de las barriadas”, escrito por William P. Mangin y John C. Turner, y “Asentamientos ilegales en Atenas”, de Aristidis G. Romanos; en ambos se trata el tema de la demanda de vivienda en las ciudades y cómo los usuarios la resuelven.

Por lo general, el término de arquitectura vernácula está vinculado con el concepto de tradición. En el primer capítulo del texto titulado *The End of Tradition?*, Nezar AlSayyad (2004, págs. 1-28) comenta que hay quienes discuten que la tradición está en peligro de ser exterminada por fuerzas contemporáneas en nombre de la globalización. Sin embargo, estos argumentos son generalmente débiles y explica que la tradición puede ser más provechosa si se considera una lámina donde se exploren las subjetividades involucradas en la producción y en la ocupación del espacio. De este modo, los

productos tangibles de la tradición son aquellos procesos por los cuales las identidades son definidas y redefinidas constantemente. AlSayyad propone la aceptación de la multiplicidad de definiciones y significados contenidos en la idea de las viviendas y asentamientos tradicionales. La tradición no debe ser interpretada como un legado estático del pasado, sino como un modelo para la reinterpretación dinámica del presente.

Manteniendo este modelo de reinterpretación dinámica, el autor reflexiona sobre diferentes conceptos de tradición; menciona la propuesta de Paul Oliver, quien sugiere el *handing down* —valores y conceptos que pasan de generación en generación— como la clave para la comprensión de la arquitectura tradicional; Oliver propone la concentración en el actual proceso de transmisión que se da de una generación a otra, sugiriendo el estudio de métodos actuales de transmisión, como por ejemplo los orales; también argumenta que estas prácticas constituyen lo que la tradición es, así lo que existen son edificios que expresan las tradiciones de quienes los diseñan y construyen.

Sobre el ambiente construido y la tradición, AlSayyad explica que uno de los temas centrales ha sido cómo enfrentar el cambio en las sociedades, e identifica dos posturas diferentes; dentro de la primera cita a Henry Glassie, quien considera que la arquitectura tradicional es “material cultural” es decir, la evidencia física de la sociedad; Glassie señala que la verdadera tradición vernácula está basada en la participación, el compromiso y en una política ética igualitaria; sin embargo, mucha de la relación con estas fuerzas se ha perdido en la sociedad moderna, cediendo lugar a la ignorancia y al debilitamiento cultural. Siguiendo esa misma línea, Amos Rapoport establece que el ambiente construido es siempre simbólico; afirma que los paisajes culturales adquieren sentido debido a los rasgos comunes en una sociedad determinada y que a medida que la tradición se debilita va disminuyendo el grado de las particularidades compartidas. El resultado es la reducción en la claridad de los distintos paisajes culturales, especialmente en los de mayor escala, con su consecuente desdibujo, y a partir de ahí viene el declive de la especificidad del lugar de las tradiciones vernáculas.

Por otra parte, Dell Upton propone que los estudios sobre el paisaje vernáculo deberían evitar la búsqueda de lo auténtico, característico, perdurable y puro; por el contrario, las investigaciones sobre arquitectura tradicional deberían acomodarse en lo activo, tenue e impuro para buscar configuraciones ambiguas y múltiples, y examinar los puntos de contacto y transformación en el mercado, en el borde, en lo nuevo y en lo decadente. Complementando lo anterior, Janet Abu-Lughod señala que el mundo siempre ha sido nómada, por lo tanto las formas arquitectónicas emigran y los impulsos creativos de los constructores se han reforzado y transmitido a través de este proceso; Abu-Lughod explica que en la transferencia los cambios se han integrado con las formas existentes, favoreciendo la transformación de la tradición; establece una correspondencia con respecto al proceso actual, y cita la anomalía histórica del colonialismo como un acontecimiento que alteró significativamente el curso natural de la selección y la difusión de las normas y formas arquitectónicas. La autora rechaza que la cacofonía absoluta de la posmodernidad represente una amenaza para la coherencia y la autenticidad, explica que eso sería negar la posibilidad de que las formas de arte innovadoras puedan ser generadas a partir de la incorporación de las tradiciones de los demás.

AlSayyad menciona cuatro fases históricas de la producción del espacio relacionadas con el desplazamiento de la identidad y el lugar en la era de la globalización. La primera etapa ocurre durante el período insular, caracterizado por una producción arquitectónica vernácula, determinada por las fuerzas locales; esto cambió en la segunda fase o período colonial, el cual podría identificarse por la hibridación entre lo esencial y los estilos secundarios; ambos lados fueron alterados irreparablemente en una desigual correlación, las formas indígenas fueron particularmente modificadas; el tercer período fue el de la independencia y la construcción de la nación, representado por lo moderno y lo pseudo-moderno, donde las influencias del modernismo se unieron con la exigencia de la construcción de la nación, originando una proliferación de tradiciones inventadas, a menudo con la intención expresa de brindar la ilusión

de una cohesión social a la audiencia mundial; la última fase es la de la globalización, donde mientras los asentamientos tienden a la homogeneidad, los usuarios muestran un crecimiento de conciencia étnica, religiosa y de asociaciones raciales. La identidad y la tradición en la era de la globalización tienen menos raíces en el lugar y más bases informacionales.

El autor argumenta que los juicios de valor relacionados con la autenticidad de los ambientes tradicionales deben abandonarse, ya que están propuestos desde una falsa dicotomía de lo tradicional contra lo moderno; señala que la hipótesis de que la tradición es siempre el producto auténtico de un grupo de personas es cuestionable, ya que la tradición también puede ser catalogada, empaquetada, imaginada y vendida; menciona que el espacio y el lugar no son enteramente fenómenos locales y que es necesario reconsiderarlos en el contexto de los flujos contemporáneos de personas, bienes e información; agrega que el urbanismo continuará siendo el ruedo donde se pueden observar las culturas locales específicas y sus intentos para mediar la dominación global. AlSayyad apunta que la base de las investigaciones sobre el tema de la tradición y los ambientes construidos debe ser la hipótesis de que los paisajes híbridos fomentan prácticas multiculturales, y predice que lo que se espera para las primeras décadas del siglo XXI son paisajes que alberguen el potencial de crecimiento y cambio, donde las personas puedan encontrar la posibilidad de adaptarse y adoptar la alteridad como una forma legítima de identificación. Lo que se termina no es la tradición, sino la concepción que se tiene de ella.

Hasta ahora, explica AlSayyad, dos conceptos de tradición, opuestos entre sí, sobresalen en los debates: el primero privilegia la cultura nacional y la continuidad; el segundo enfatiza la ausencia de alternativa. El surgimiento de la idea de un supermercado mundial de la cultura ha puesto en duda la legitimidad de la tradición como un marco de referencia estable; de acuerdo con Gordon Mathews, la idea anterior de cultura como “el modo de vida de una persona” debería combinarse con un concepto más contemporáneo de cultura, como “la información y las identidades disponibles en el super-

mercado mundial de la cultura”. La tradición como la cultura tiene ahora, al menos para algunos, una cuestión de elección, debido a que tanto la información como las identidades alternativas están disponibles en el supermercado mundial. Mathews señala, que hoy día la tradición debería ser entendida como el campo de mediación entre la hegemonía nacional o la cultura local y el ejercicio de escoger.

La tradición, por lo tanto, se ha convertido en un guión mundial; lo anterior evidencia que lo que está terminando es la idea de tradición como precursora de la autenticidad y como contenedora de un significado cultural específico, lo que llega a su fin es la tradición como un concepto basado en el lugar temporalmente situado; como un legado autoritario estático y como herencia o patrimonio pertenecientes a ciertos grupos de personas. Para AlSayyad es necesario reconocer que en la actualidad lo que dura en la tradición es lo transitorio, lo fugaz, lo contingente, ya que es ésa la nueva manera de encontrar lo eterno y lo inmutable. Al final, la distinción entre lo falso y lo real comienza a carecer de sentido, ya que la simulación puede convertirse en lo verdadero.

“Arquitectura vernácula, de lo rural a lo urbano. Consideraciones generales”, fue el título de la tesis que en el año 2003 presentó Diana Maldonado para obtener el grado de máster en arquitectura; en la primera parte de la investigación se señalan dos tipos de arquitectura vernácula: la rural y la urbana, determinando el nombre a partir del lugar donde se edifica el objeto; también se establecen características comunes para ambas modalidades y consideraciones para el estudio de la arquitectura urbana.

Mediante el registro del contexto, Maldonado evidenció la validez de un estilo vernáculo en las ciudades. De acuerdo con las observaciones de la autora, en la arquitectura vernácula la selección de materiales tiene que ver con la cercanía respecto al lugar de la construcción y a las facilidades económicas para obtenerlos; los constructores vernáculos se adaptan a las condiciones naturales del terreno, no se empeñan en transformarlo, así el acomodo resultante es diferente, la traza no siempre es ortogonal, regularmente utilizan el espacio que queda, donde existen lotes de diferentes dimensiones

y los interiores de las manzanas son ocupados. Se respeta el paisaje artificial, esto es, que en una cuadra se pueden encontrar las mismas alturas y con el paso del tiempo todas las viviendas van adquiriendo uniformidad, en las colonias que están consolidadas aparecen elementos comunes, como rejas, árboles enfrente de las casas, entre otros; los pobladores vernáculos viven en comuna, y los conceptos de lo público y lo privado están definidos.

Por lo general, en la arquitectura vernácula la estructura es visible y la forma se basa en el lenguaje geométrico; las figuras más comunes son prismas con base cuadrada, triangular, rectangular, hexagonal, etcétera; y cubos y cilindros. En cuanto al ornato, en un principio los materiales son aparentes y los recubrimientos se colocan por etapas, de acuerdo a la capacidad económica de cada usuario. Se sabe que dentro de la arquitectura vernácula se trabaja con los materiales disponibles; la forma de manipularlos no depende de las características particulares de cada uno de ellos, sino del cómo se está acostumbrado a hacerlo. Maldonado señala que algunas veces se adjudica la construcción a un técnico especializado —puede ser un albañil—, pero solo la ejecución, no las decisiones que van a responder al contexto. En este tipo de arquitectura los lugares construidos son los necesarios para el desarrollo de la familia que en ellos habita.

Para los constructores vernáculos la arquitectura es un acto aprendido, por lo que la manera de entender y hacer es transmitida de generación en generación; como son incluyentes, se respeta el esquema original, pero se agregan algunos elementos del contexto en que les toca vivir. El respeto a la tradición es una de las características más importantes de la arquitectura vernácula; los conceptos que se tenían en la comunidad rural se van con el que emigra, éste a su vez interactúa con personas provenientes de distintas partes, con diferentes costumbres y tradiciones; en las ciudades las reglas del grupo permanecen, solo que se multiplican, por lo que la tradición se rehace continuamente añadiendo principios y desechando otros.

Poco a poco la apariencia de la arquitectura vernácula urbana va superando su condición meramente utilitaria e incluye elementos que encuentra en el contexto en que se desarrolla; los elementos más

comunes que se incorporan son balaustradas, tejas, rejas con sigmas y volutas, columnas y arcos de medio punto. Los constructores vernáculos son muy celosos con los lugares donde comen y duermen, es decir, con el área privada: culturalmente así son; su vida social se desarrolla en el exterior, en el espacio público. Si las viviendas las conforma una sucesión de cuartos, el patio es lo que sobra, frente a cada cuarto está la lavadora, los lazos para tender la ropa, las ollas de alimento para los animales, algunos tienen una banca donde no solo se sienta la familia, sino todo el que quiera. También es común encontrar imágenes religiosas; en el exterior se da la vida con los otros, es el centro social, la capilla, el patio de juegos es el mundo.

La arquitectura vernácula tiene como principio el agrupamiento de cuartos que va construyendo por fases; en la vivienda vernácula, por ejemplo, las actividades desarrolladas en cada uno de esos cuartos van cambiando continuamente, de inicio pueden servir como recámara-cocina, luego dos recámaras y cocina, más tarde recámara, cocina y comercio, y así, conforme van satisfaciendo las necesidades de ese momento, en el mismo cuarto pueden tener recámara, sala y cocina, separando cada uno de los espacios con mamparas o delimitándolos con el mismo mobiliario. Otros lugares que tienen usos múltiples son el patio, las azoteas o las cocheras.

La mayoría de los constructores vernáculos urbanos son emigrantes y buscan un sentido de pertenencia, algo que les proporcione identidad: la religión se convierte en ese vínculo que da la seguridad de pertenecer a un mismo grupo dentro de la gran ciudad; en la arquitectura vernácula se utilizan colores relacionados con la religión, como es el caso de los franciscanos, que comprenden la gama de cafés, ocre y colores terrosos; o los que corresponden al orden mariano, que son los azules y el blanco. Las cifras se pueden encontrar en el número de vanos y en el acomodo de los mismos. Las posiciones de los volúmenes tienen diferentes significados. Regularmente los habitantes de las comunidades vernáculas no le tienen miedo al otro, ya que aunque utilizan recursos físicos de protección—rejas, portones, protectores en las ventanas, vidrios en las bardas, candados en las puertas—, la casa está abierta; el miedo es hacia la

enfermedad, el mal de ojo, la mala suerte, la envidia, entre otros. La arquitectura vernácula es construida y habitada por el pueblo, por las masas, su forma de divertirse y de actuar no se forma al margen de la clase hegemónica, sino por el contrario, de ella se alimenta.

Cierto es que con las condiciones actuales, como la saturación de las ciudades, el desempleo, el aumento de la pobreza —sobre todo en los países considerados en vías de desarrollo—, algunos aspectos propios de la arquitectura vernácula, en el intento de resolver cuestiones más urgentes, se han ido diluyendo; entre estos aspectos se encuentra la comprensión del medio físico, y por lo tanto el cuidado del medio ambiente.

Algunos tratadistas utilizan el término *arquitectura popular* para referirse a la arquitectura vernácula producida en las ciudades. De acuerdo con el *Diccionario de la lengua española*, la palabra *popular* es un adjetivo que viene del latín *populāris*, y significa perteneciente o relativo al pueblo, propio de las clases sociales menos favorecidas; dicho de una forma de cultura, es considerada por el pueblo propia y constitutiva de su tradición, entre otras definiciones. El término no es equivocado, es ambiguo. En sustitución de arquitectura popular se propone *arquitectura vernácula urbana*; vernácula en el sentido de liberación y esperanza otorgado por Illich, y vinculada a la tradición como concepto en constante reinterpretación. La utilización del término arquitectura vernácula urbana se plantea como recordatorio constante para los profesionales de la disciplina, del compromiso que se tiene con el otro, de hacer arquitectura en coparticipación con él, de tener claro que el aprendizaje es mutuo, como recordatorio de que el otro tiene derecho a expresar sus gustos, preferencias, tradiciones y costumbres en el objeto que habita.

Sociedad informacional y la megaciudad como nueva forma urbana

De los objetos producidos por la arquitectura vernácula urbana la vivienda es por excelencia lo que primero resuelven los arquitectos empíricos; además de ser una necesidad física, constituye una necesidad psicológica. Para Víctor Ortiz (1984), la casa representa un

conjunto de imágenes: concha protectora, caparazón, nido, centro del mundo, prolongación del seno materno, entre otras cosas. Las condiciones en las que el usuario resuelve la necesidad de refugio son cada día más complejas.

En una conferencia, Alain Touraine (1988) reflexionó acerca de los problemas de la ciudad, y señaló que en el pasado el concepto estaba directamente relacionado con la modernidad: la ciudad representaba el elemento básico de la sociedad moderna de la primera época, significaba apertura, libertad y cambio. La transformación del concepto comenzó a partir de la Revolución Industrial, con el surgimiento de ciudades satélite y zonas estrictamente urbanas; la mezcla de clases sociales fue sustituida por un proceso de segregación y exclusión. Al concentrarse la población en las zonas urbanas comenzó una excesiva demanda de vivienda, necesidad que no todos pudieron resolver. El autor señaló que en la actualidad se vive un proceso de desintegración de las ciudades.

Friedrich Engels escribió un documento titulado *Contribución al problema de la vivienda*, donde explica que las condiciones lamentables del hábitat de los trabajadores, como precariedad en la construcción, superpoblación, ambiente insalubre y algunas veces la imposibilidad de conseguir alojamiento han afectado a las clases oprimidas de todas las épocas; señala que el problema inició con la integración de los países industrializados al mercado mundial, es decir, como consecuencia del paso de la producción artesanal a la industrial.

El autor menciona que conforme fueron creciendo las ciudades, los terrenos localizados en el centro aumentaron su valor, provocando que los obreros fueran desplazados hacia las zonas periféricas. En su trabajo menciona que la clase dominante mostró interés en las condiciones de los barrios obreros debido a la difusión de estudios científicos donde se establecía que dichos conjuntos eran los puntos de origen de epidemias como la viruela, el tifus, el cólera, la fiebre tifoidea, entre otras, las cuales a través del aire y el agua invadían el resto de la ciudad; fue así como se crearon estrategias y actividades con el fin de contrarrestar la propagación de las epidemias por toda la urbe, incluidos los barrios burgueses; una de las propuestas más

conocidas fue la creación de comisiones gubernamentales cuyo objetivo era analizar las circunstancias de higiene de los sectores más pobres.

A partir de la publicación de los resultados, surgieron documentos relacionados con el tema; Engels menciona y critica el texto de 1869, *Las condiciones de vivienda de las clases trabajadoras y su reforma*, escrito por Emil Sax, quien propuso que a partir de la posesión de un “refugio seguro” —con ayuda de los dueños de las fábricas—, el trabajador se convertiría en capitalista por medio del crédito hipotecario como protección, en caso de paro laboral o incapacidad de trabajo. Emil Sax establece dos tipos de vivienda obrera: el sistema *cottage* y el sistema cuartelero; en el primero, cada familia posee su casa, a veces con área para jardín, y en el segundo, las familias viven en un departamento dentro de un edificio.

Para Engels, la aplicación del sistema *cottage* es el único que garantizaría la propiedad de una casa; sin embargo, debido a los costos elevados de los terrenos, aplicarla en las ciudades, en los barrios obreros, no sería viable. “En Inglaterra, la construcción de viviendas obreras al lado de cada fábrica ha sido regla general desde hace sesenta años”, por lo que muchos de esos “pueblos fabriles se han convertido en el centro alrededor del cual se ha desarrollado más tarde una verdadera ciudad industrial, con todos los males que ésta implica. Tales colonias, pues, no han resuelto el problema de la vivienda”; el autor señala que el punto clave del conflicto es la oposición entre campo y ciudad.

En *Historia de la arquitectura moderna*, en el capítulo titulado “La época de la incertidumbre”, Leonardo Benévolo explica que a partir de la década de 1960 comenzaron a presentarse varios eventos que modifican el curso de la historia mundial, afectando por supuesto la historia de la arquitectura; señala que la transformación evidente de la sociedad industrial cambia la manera de entender el objeto arquitectónico. El autor señala que en estas circunstancias “nuevas e inciertas”, el Tercer Mundo adquiere importancia debido a los problemas de desarrollo ocasionados por el crecimiento demográfico y por la concentración de la población en las zonas urbanas; Benévolo

apunta que la desigualdad se manifiesta en las ciudades y los objetos que las conforman:

Los edificios proyectados por los arquitectos y conforme a las ordenanzas, las ciudades trazadas según las reglas de los planos urbanísticos y provistas de todos los servicios públicos, las calles, los parques, etcétera, pertenecen solo a una parte de la población; la otra parte no puede servirse de ellos, y se asienta por su cuenta en otras casas, barrios y ciudades irregulares, relacionados con los anteriores [...], pero claramente distintos. Estos asentamientos serán llamados *marginales*, puesto que fueron considerados como una franja secundaria de la única ciudad legítima, como las barracas y los tugurios que siempre existieron, en medida limitada, al margen de las ciudades industriales de todo el mundo (2005, p. 1025).

En 1996, Manuel Castells publicó *The Information Age: Economy, Society, and Culture*, obra dividida en tres volúmenes: *The Rise of the Network Society*, *The Power of Identity* y *End of Millennium*. La primera edición en español apareció en 1999. En el volumen I, *Sociedad red*, Castells argumenta que la sociedad que inició el siglo XXI es consecuencia de una revolución tecnológica basada, principalmente, en las tecnologías de la información, presentando cambios en el sistema económico dominante, el capitalismo, y por lo tanto, transformaciones fundamentales en las relaciones sociales. El autor explica que los principales logros en la tecnología electrónica —como la primera computadora programable y el transistor, base de la microelectrónica— constituyen la esencia real de la revolución informática:

Como es sabido, Internet se originó en un audaz plan ideado en la década de los sesenta por los guerreros tecnológicos del Servicio de Proyectos [...], para evitar la toma o destrucción soviética de las comunicaciones estadounidenses en caso de guerra nuclear [...]. El resultado fue una arquitectura de red, que como querían sus inventores, no podía ser controlada desde ningún centro, compuesta por

miles de redes informáticas autónomas que tienen modos innumerables de conectarse, sorteando las barreras electrónicas [...] de la que se han apropiado individuos y grupos de todo el mundo para toda clase de propósitos, bastante alejados de las preocupaciones de una Guerra Fría extinta (Castells, 2006, págs. 32-33).

Las transformaciones en la tecnología de la información se originaron y difundieron durante un período de reestructuración global del capitalismo, y le sirvieron como herramienta principal. La nueva forma de capitalismo se caracteriza por la globalización de las actividades económicas más importantes; Castells señala que existe diferencia entre una economía global y una mundial; la economía global se presentó por primera vez en la historia, ha existido desde el siglo XVI y es capaz de:

Funcionar como una unidad en tiempo real a escala planetaria. Aunque el modo capitalista de producción se caracteriza por su expansión incesante, tratando siempre de superar los límites de tiempo y espacio; solo a finales del siglo XX la economía mundial fue capaz de hacerse verdaderamente global en virtud de la nueva infraestructura proporcionada por las tecnologías de la información y la comunicación. Esta globalidad incumbe a todos los procesos y elementos del sistema económico. El capital se gestiona las veinticuatro horas del día en mercados financieros globalmente integrados (2006, pág. 120).

El sistema industrial se basaba en la producción en serie y se apoyaba en los aumentos de productividad logrados por las economías de escala, en procesos de producción mecanizados donde existía una cadena de ensamble de un producto tipo, todo esto controlado por empresas estructuradas verticalmente con técnica institucionalizada y división del trabajo social; sin embargo:

Cuando la demanda se volvió impredecible en cantidad y calidad, cuando los mercados se diversificaron en todo el mundo, y en con-

secuencia se dificultó su control cuando el ritmo del cambio tecnológico hizo obsoleto el equipo de producción de cometido único, el sistema de producción en serie se volvió demasiado rígido y costoso para las características de la nueva economía (Castells, 2006, pág. 182).

Con el propósito de superar la rigidez del sistema utilizado, se propuso el acomodo de la producción al cambio persistente, intentando dejar atrás el dominio de la producción personalizada y el modelo de artesanía industrial, es decir, la respuesta fue el sistema de producción flexible. Castells propone cambiar la perspectiva de estudio de post-industrialismo a informacionalismo, explicando que:

Las sociedades serán informacionales no porque encajen en un modelo particular de estructura social, sino porque organizan su sistema de producción en torno a los principios de maximización de la productividad basada en el conocimiento mediante el desarrollo y la difusión de las tecnologías de la información y mediante el cumplimiento de los prerequisites para su utilización —fundamentalmente recursos humanos e infraestructura de comunicaciones”.

El autor señala que en la era de la información, funciones y procesos se estructuran en torno a redes, las cuales constituyen una nueva forma social:

Una red es un conjunto de nodos interconectados. Un nodo es el punto en el que una curva se intercepta a sí misma [...]; las redes son estructuras abiertas, capaces de expandirse sin límites, integrando nuevos nodos mientras puedan comunicarse entre sí [...]; las redes son los instrumentos apropiados para una economía capitalista basada en la innovación, la globalización y la concentración descentralizada; para el trabajo, los trabajadores y las empresas que se basan en la flexibilidad y la adaptabilidad; para una cultura de deconstruc-

ción y reconstrucción incansables; para una política encaminada al procesamiento inmediato de nuevos valores y opiniones públicas; y para una organización social que pretende superar el espacio y aniquilar el tiempo” (Castells, 2006, págs. 506-507).

Una de las características de esta sociedad red es la cultura de la virtualidad real, donde el recurso multimedia aparece como símbolo de hipermodernidad, el nuevo sistema electrónico de comunicación surge de la fusión de la comunicación a través de la computadora y los medios de comunicación de masas. Castells explica que los multimedia respaldan un modelo cultural caracterizado por tres rasgos: “Una extendida diferenciación social y cultural, que lleva a la segmentación de los usuarios-espectadores-lectores-oyentes [...], una estratificación social creciente entre los usuarios y [...] la integración de todos los mensajes en un modelo cognitivo común”; el autor añade que tal vez el rasgo más importante de los multimedia sea que contiene casi todas las expresiones culturales, poniendo fin a la separación e incluso la diferenciación:

Entre medios audiovisuales e impresos, cultura popular y erudita, entretenimiento e información, educación y persuasión. Toda expresión cultural, de la peor a la mejor, de la más elitista a la más popular, se reúne en este universo digital, que conecta en un supertexto histórico y gigantesco las manifestaciones pasadas, presentes y futuras de la mente comunicativa. Al hacerlo, construye un nuevo entorno simbólico. Hace de la virtualidad nuestra realidad (2006, págs. 404-405).

En el texto se aclara que el mundo multimedia será vivido desde dos perspectivas diferentes: la de los interactuantes y la de los interactuados. El espacio y el tiempo son considerados dimensiones en las que se fundamenta la vida del hombre; dichos conceptos son transformados substancialmente por el multimedia. Al respecto, el autor explica que:

Las localidades se desprenden de su significado cultural, histórico y geográfico, y se reintegran en redes funcionales o en *collages* de imágenes, provocando un espacio de flujos que sustituye al espacio de lugares. El tiempo se borra en el nuevo sistema de comunicación cuando pasado, presente y futuro pueden reprogramarse para interactuar mutuamente en el mismo mensaje. El espacio de los flujos y el tiempo atemporal son los cimientos materiales de una nueva cultura, que trasciende e incluye la diversidad de los sistemas de representación transmitidos por la historia: la cultura de la virtualidad real, donde el hacer creer acaba creando el hacer (Castells, 2006, pág. 408).

Castells menciona que los sistemas de comunicación electrónica aumentan la separación entre las actividades de la vida cotidiana y la proximidad espacial; es cada vez más común que el trabajo, esparcimiento, servicios públicos, compras, educación, salud, etcétera, se realicen a través de la computadora —hogar electrónico—, por lo que algunos han anticipado el fin de las ciudades como se conocían hasta la primera mitad del siglo XX.

La era informacional está marcando el comienzo de una nueva forma urbana, la ciudad informacional. No obstante, al igual que la ciudad industrial no fue una réplica mundial de Manchester, la ciudad informacional emergente no copiará a Silicon Valley, y mucho menos a Los Ángeles [...]. Sostengo que debido a la naturaleza de la nueva sociedad, basada en el conocimiento, organizada en torno a redes y compuesta en parte por flujos, la ciudad informacional no es una forma, sino un proceso caracterizado por el dominio estructural del espacio de los flujos.

Para el autor el resultado de este proceso son las megaciudades, las cuales se caracterizan por una desmedida cantidad de habitantes —más de diez millones de personas—, la constitución de pun-

tos centrales en la economía global, el control de los medios de comunicación y la sede del poder político. El autor enfatiza que las megaciudades deberían ser consideradas polos de atracción con respecto a otras regiones y no solo por su tamaño; para ejemplificar lo anterior escribe:

Hong Kong no es solo seis millones de personas, y Guangzhou seis millones y medio: lo que está surgiendo es una megaciudad de cuarenta a cincuenta millones de personas que conecta Hong Kong, Shenzhen, Guangzhou, Zhuhai, Macao y pequeños pueblos del delta del río de las Perlas [...]. Las megaciudades articulan la economía global, conectan las redes informacionales y concentran el poder mundial (Castells, 2006, págs. 432-437).

En el 2007, la Organización de las Naciones Unidas —ONU— tenía registradas diecinueve megaciudades: Tokio, Nueva York, Ciudad de México, Mumbai, Sao Paulo, Delhi, Shanghai, Calcuta, Dacca, Buenos Aires, Los Ángeles-Long Beach-Santa Ana, Karachi, El Cairo, Río de Janeiro, Osaka-Kobe, Beijing, Manila, Moscú y Estambul. Castells señala que las megaciudades:

Son las depositarias de todos los segmentos de población que luchan por sobrevivir, así como de los grupos que quieren hacer visible su abandono para no morir olvidados en zonas sorteadas por las redes de comunicación. Las megaciudades concentran lo mejor y lo peor [...], se conectan al exterior con redes globales y segmentos de sus propios países, mientras que están desconectadas en su interior de las poblaciones locales que son funcionalmente innecesarias o perjudiciales socialmente desde el punto de vista dominante. Sostengo que esto es así en Nueva York, pero también en México o Yakarta. Es este rasgo distintivo de estar conectada globalmente y desconectada localmente, tanto física como socialmente, el que hace de las megaciudades una nueva forma urbana (2006, pág. 438).

En el capítulo “La arquitectura del fin de la historia”, Castells señala que la arquitectura del posmodernismo es la arquitectura que se relaciona con el espacio de los flujos, ya que “declara el fin de todos los sistemas de significado, crea una mezcla de elementos que busca la armonía formal mediante la provocación estilística transhistórica”, y afirma que por incomprensible que parezca, la arquitectura con más significado en la sociedad dominada por el espacio de los flujos es lo que él llama la *arquitectura de la desnudez*.

La nueva arquitectura construye los palacios de los nuevos amos, con lo que expone su deformidad oculta tras la abstracción del espacio de los flujos; o se arraiga en los lugares y de este modo, en la cultura y en la gente. En ambos casos, bajo formas diferentes, la arquitectura y el diseño pueden estar cavando las trincheras de la resistencia para [...] la reconciliación de la cultura y la tecnología (2006, págs. 455-456).

El poder de la identidad es el título del segundo volumen que conforma la trilogía de la *Era de la información*; ahí Castells define la identidad como “el proceso de construcción del sentido atendiendo a un atributo cultural, o a un conjunto relacionado de atributos culturales, al que se da prioridad sobre el respeto de las fuentes de sentido” (2006b, pág. 28). Señala que un individuo o un “actor colectivo” pueden tener identidades plurales, y que el concepto de identidad, sobre todo cuando se autodefine, puede coincidir con los roles sociales, aclarando que la identidad establece el sentido, mientras que los roles organizan las funciones; para el autor el sentido es la identificación simbólica del objetivo de la acción del sujeto.

La construcción de las identidades utiliza materiales de la historia, la geografía, la biología, las instituciones productivas y reproductivas, la memoria colectiva y las fantasías personales, los aparatos de poder y las revelaciones religiosas. Pero los individuos, los grupos sociales y las sociedades procesan todos esos materiales y los reor-

denan en su sentido, según las determinaciones sociales y los proyectos culturales implantados en su estructura social y en su marco espacial temporal.

El autor propone tres diferentes formas de identidad: legitimadora, de resistencia e identidad proyecto.

Identidad legitimadora: introducida por las instituciones dominantes de la sociedad para extender y racionalizar su dominación frente a los actores sociales. Identidad de resistencia: generada por aquellos actores que se encuentran en posiciones-condiciones devaluadas o estigmatizadas por la lógica de la dominación, por lo que construyen trincheras de resistencia y supervivencia basándose en principios diferentes u opuestos a los que impregnan las instituciones de la sociedad. Identidad proyecto: cuando los actores, basándose en los materiales culturales de que disponen, construyen una nueva identidad que redefine su posición en la sociedad, y al hacerlo, buscan la transformación de toda la estructura social. Es el caso, por ejemplo, de las feministas cuando salen de las trincheras de resistencia de la identidad y los derechos de las mujeres para desafiar al patriarcado, y por lo tanto, a la familia patriarcal y a toda la estructura de producción, reproducción, sexualidad y personalidad sobre la que nuestras sociedades se han basado a lo largo de la historia (2006b, págs. 29-30).

Castells considera que la identidad de resistencia, la cual lleva a la formación de comunas, es la más importante en la sociedad red, ya que:

Construye formas de resistencia colectiva contra la opresión, de otro modo insoportable, por lo común atendiendo a identidades que aparentemente estuvieron bien definidas por la historia, la geografía o la biología, facilitando así que se expresen como esencia de fronteras de la resistencia.

Señala que dentro de las identidades de resistencia se encuentran el fundamentalismo religioso, el nacionalismo, la identidad étnica y la identidad territorial. Señala que es el proceso de construcción de la identidad proyecto la que produce sujetos;¹ enfatiza que los sujetos no son individuos, aunque están constituidos por individuos.

Son el actor social colectivo mediante el cual los individuos alcanzan un sentido holístico de su experiencia. En este caso, la construcción de la identidad es un proyecto de una vida diferente, quizá basado en una identidad oprimida, pero que se expande hacia la transformación de la sociedad como la prolongación de este proyecto de identidad (2006b, págs. 31-32).

El autor propone la hipótesis de que la construcción de sujetos en esta nueva sociedad es diferente a la presentada en la modernidad —temprana o tardía—, ya que ahora los sujetos se forman a partir de la prolongación de la resistencia de las comunidades y no basándose en las sociedades civiles:

El fundamentalismo religioso, el nacionalismo cultural, las comunas territoriales son en general, reacciones defensivas. Reacciones contra tres amenazas fundamentales, percibidas en todas las sociedades por la mayoría de la humanidad en este fin de milenio. Reacción contra la globalización, que disuelve la autonomía de las instituciones, las organizaciones y los sistemas de comunicación donde vive la gente. Reacción contra la interconexión y la flexibilidad, que difumina los límites de la pertinencia y la participación, individualiza las relaciones sociales de la producción y provoca la inestabilidad estructural del trabajo, el espacio y el tiempo. Reacción contra la crisis

¹ Alan Touraine llama sujeto “al deseo de ser un individuo, de crear una historia personal, de otorgar sentido a todo el ámbito de las experiencias de la vida individual”; para que un individuo se convierta en sujeto es necesario que se combinen dos enunciaciones: la de los individuos contra el mercado y la de los individuos contra las comunidades.

de la familia patriarcal, raíz de la transformación de los mecanismos de construcción de la seguridad, la socialización, la sexualidad y por lo tanto de los sistemas de la personalidad. Cuando el mundo se vuelve demasiado grande para ser controlado, los actores sociales pretenden reducirlo de nuevo a su tamaño y alcance. Cuando las redes disuelven el tiempo y el espacio, la gente se ancla en los lugares y recuerda su memoria histórica. Cuando el sustento patriarcal de la personalidad se quiebra, la gente afirma el valor trascendente de la familia y la comunidad como voluntad de Dios. Estas reacciones defensivas se convierten en fuentes de sentido e identidad mediante la construcción de nuevos códigos culturales a partir de materiales históricos (2006b, pág. 89).

El autor concluye el capítulo señalando que la esperanza es que de las comunidades de resistencia surjan nuevos sujetos que se conviertan en actores sociales transformadores de la realidad.

En el tercer volumen, *Fin de milenio*, Castells explica el concepto de *cuarto mundo*; señala que la aparición del capitalismo informacional trajo como consecuencia el incremento en la exclusión social y la desigualdad en todo el planeta; agrega que si bien existen datos que evidencian una considerable mejoría en los niveles de vida en casi todo el mundo, la medida de tendencia central no debería ser el mensaje. Explica la desigualdad a partir del proceso de polarización, el cual:

Aparece cuando tanto el vértice como la base de la escala de distribución de la renta o la riqueza crecen más deprisa que el centro, de manera que éste disminuye y se agudizan las diferencias sociales entre los dos segmentos extremos de la población.

La pobreza se da cuando los recursos económicos obtenidos no alcanzan el nivel de vida considerado como mínimo; dicho nivel está definido por los gobiernos e instituciones correspondientes. Reconoce que dentro de la pobreza existe lo que los sociólogos llaman

pobreza extrema, término que propone sustituir por el de *miseria*. El autor define la exclusión social como “el proceso por el cual a ciertos individuos y grupos se les impide sistemáticamente el acceso a posiciones que les permitirán una subsistencia autónoma dentro de los niveles sociales determinados por las instituciones y valores en un contexto dado (Castells, 2006c, págs. 97-98). Dentro de los mecanismos que conllevan a la exclusión de la sociedad menciona, como principal, la falta de empleo regular como fuente de ingresos, aunque también considera el analfabetismo funcional, la posición de ilegal, la carencia de alojamiento, entre otras. Con *La era de la información*, Manuel Castells brinda un panorama completo del contexto donde se produce la vivienda vernácula urbana.

Políticas y propuestas, el caso de México

La Comisión Económica para América Latina y el Caribe —CEPAL—, en su informe del 2009, señala que en la región existen ciento ochenta millones de personas pobres y 71 millones consideradas indigentes; en el reporte se mencionan las altas tasas de fecundidad y la dependencia del hogar como las características determinantes de la pobreza en el continente. En otro documento publicado por la misma comisión y titulado *Pobreza y precariedad urbana en América Latina y el Caribe. Situación actual y financiamiento de políticas y programas* (Jordán y Martínez, 2009, págs. 19-24), se establece una relación entre pobreza, precariedad urbana y problemas de habitabilidad; el texto fue escrito por Ricardo Jordán y Rodrigo Martínez, quienes son funcionarios de las divisiones de Desarrollo social y Desarrollo sostenible y asentamientos humanos de la CEPAL; los autores definen la pobreza como el “reflejo de un déficit en el *stock* de capital o en el flujo de ingresos que tiene una persona u hogar”, y consideran que ser pobre implica un acceso limitado a los servicios y bienes para cubrir necesidades elementales como alimento, vivienda, vestimenta, educación y salud; explican la precariedad urbana como el desequilibrio que existe entre la oferta y la demanda de servicios básicos que hay en una ciudad:

El concepto de precariedad urbana refiere específicamente a las características deficitarias cualitativas del hábitat de las familias, especialmente respecto a la vivienda, ya sea a nivel de tenencia segura, acceso adecuado al agua potable, al saneamiento y a otros servicios básicos urbanos, a la tipología de vivienda y calidad estructural como a niveles de hacinamiento.

De esta manera, la precariedad urbana está estrechamente vinculada con los *slums* o tugurios, cuya definición hoy día continua en discusión; la ONU los define a partir de la existencia de las siguientes características: inseguridad en la tenencia, acceso limitado o inadecuado al agua potable, saneamiento y alcantarillado y mala calidad en la estructura; los autores definen el tugurio como “todo asentamiento humano de bajos recursos, con las condiciones de vida de la población pobre, altas densidades y bajos estándares de vivienda en lo que respecta a servicios y estructura”. En el texto se explica que dentro de los Objetivos del milenio propuestos por la ONU, se aborda la precariedad urbana, y por lo tanto los *slums*, sin embargo, debido a las pautas establecidas, solo se alcanza a registrar una parcialidad de la realidad urbana, ya que además del acceso al agua potable, la tenencia de la tierra y el acceso a los servicios sanitarios, es necesario considerar otros factores, como el hacinamiento, la condición del sistema estructural, etcétera, que afectan la calidad de vida de los habitantes.

La propuesta de la CEPAL consiste en considerar la pobreza urbana desde una perspectiva multidimensional, la búsqueda de soluciones deberá encaminarse a mejorar las condiciones de habitabilidad y funcionalidad en las ciudades de manera simultánea.

Consolidar asentamientos humanos de importante complejidad y magnitud por su población y nivel de actividades con calidad de vida en la mayor parte de sus territorios, y con una capacidad técnica y financiera relativamente limitada, ha sido y sigue siendo uno de los principales desafíos de los gobiernos de América Latina y el

Caribe en materia de gestión urbana (Jordán y Martínez, 2009, págs. 25-27).

En los países latinoamericanos, las políticas vinculadas con la demanda de vivienda para los que menos tienen se han desarrollado desde la década de 1960; Romero y Mesías explican que en algunos países se han establecido leyes y organismos específicos para combatir este problema, sin embargo, “no se han tenido resultados significativos ni en número ni en cantidad de recursos aplicados” (Romero y Mesías, 2004, pág. 22).

México forma parte de los países considerados en vías de desarrollo; de acuerdo con los resultados del II Censo de población y vivienda 2005, realizado por el Instituto Nacional de Estadística y Geografía —INEGI—, la población del país es de 103.3 millones de habitantes, y según datos de ONU-Hábitat, el 75 por ciento vive en zonas urbanas, siendo cuatro las principales del país: Valle de México, Guadalajara, Monterrey y Puebla. En la información presentada en enero del 2009 por *World Gazetteer*,² el Valle de México resultó ser la zona urbana más poblada del continente americano con veintitrés millones 293 mil 783 habitantes, superando a las ciudades de Nueva York y Sao Paulo; en la posición veinticinco se encuentra la ciudad de Guadalajara, con una población de cuatro millones 205 mil 153 personas, seguida por la ciudad de Monterrey, en el lugar veintiocho, con tres millones 937 mil 445 habitantes; Puebla se localiza en la posición cuarenta del listado con dos millones novecientos mil 872 habitantes; se considera que el 20 por ciento de la población urbana vive en tugurios. Los registros oficiales hasta el año 2008 informan que aproximadamente el 50 por ciento de la población es pobre, es decir, 54.8 millones de mexicanos.

Como parte de los esfuerzos para combatir la pobreza y precariedad urbana, el Gobierno mexicano ha establecido diferentes programas destinados a disminuir el déficit habitacional de la población de menores ingresos que habita las ciudades. Fue a partir de la década de 1950 que el Estado comenzó a responsabilizarse y a tener mayor

² *Diccionario geográfico del mundo*, disponible en: <http://www.world-gazetteer.com>

participación en la provisión de hábitat, creando el Instituto Nacional de Vivienda, el cual, veinte años más tarde, cambió su nombre por el de Instituto Nacional de Desarrollo de la Comunidad —Indeco—; en la primera fase, dicho organismo estableció programas:

Con la idea de viviendas diseñadas por profesionales y terminadas o completas, que no van a permitir más que hacer algunos proyectos aislados. En su segunda etapa va a abrirse y va a llevar a cabo algunos de los primeros programas de vivienda progresiva y lotes y servicios de urbanización por etapas, que se realizan por los organismos gubernamentales (Romero y Suárez, 1995, p. 60).

Paralelamente, el Gobierno creó en 1963 el Programa Financiero de la Vivienda; en 1971 aparecieron el Infonavit, el Fovissste y Fovimi como parte de los fondos solidarios de ahorro forzoso destinados a trabajadores asalariados de sectores públicos, privados y militares. A finales de la década de 1970 surgieron distintos movimientos urbanos populares; estos movimientos se constituyeron a partir de la organización de la población de escasos recursos que no tenía acceso a los créditos formales, por lo que sus esfuerzos se orientaron a la autogestión de la vivienda e infraestructura urbana —luz, agua, drenaje, pavimentación, transporte, etcétera—. El surgimiento de estas organizaciones y la crisis urbana condujeron a la formación de programas dirigidos a atender las demandas de vivienda y a enfrentar las consecuencias del poblamiento popular; así, además de los programas existentes relacionados con la regularización de la tierra, se ampliaron comisiones y fideicomisos, entre los que se pueden mencionar la Comisión para la Regularización de la Tenencia de la Tierra —Coretti—, Acción Urbana e Integración Social —Auris—, el Fideicomiso de Interés Social para el Desarrollo Urbano de la Ciudad de México —Fideurbe—, el Fideicomiso de Ciudad Nezahualcóyotl —Fineza— y el Fomento Metropolitano de Monterrey —Fomerrey—. “Todos ellos van a atender el problema de la irregularidad urbana y [...] realizarán diferentes subprogramas de ‘autoconstrucción dirigida’, de lotes y servicios, y ‘pie de casa’ construidos por constructoras profesionales”.

Fue durante la administración del presidente José López Portillo —1976-1982— que se constituyó la Secretaría de Asentamientos Humanos y Obras Públicas —SAHOP—, y dentro de ésta, la dirección de Vivienda y equipamiento urbano, donde se estableció en 1979 el Programa nacional de vivienda, y por primera vez se consideró el proceso de autoconstrucción como herramienta para la reducción de costos. En 1981 apareció el Fondo Nacional de Habitaciones Populares —Fonhapo—, cuyas principales aportaciones fueron proponer una solución integral del hábitat, incluyendo terreno, construcción y servicios básicos; además, otorgó créditos colectivos para demandantes con ingresos menores a los establecidos; “el Fonhapo ha sido un importante instrumento en el desarrollo de políticas, programas y acciones concretas en el medio mexicano para dar alternativas a las demandas de los pobladores populares, en formas no prefijadas” (Romero y Suárez, 1995, págs. 79-81), lo cual estuvo vinculado a orientaciones progresistas y a diferentes organizaciones no gubernamentales —o.n.g.—. A partir de la década de 1980, el Gobierno mexicano comenzó a modificar la participación del Estado con respecto a la producción de vivienda, eliminando subsidios e incorporando recursos provenientes de instituciones bancarias, así como solicitando financiamientos procedentes del Banco Mundial para la reestructuración de algunos de los programas establecidos.

A partir de la segunda mitad del siglo XX, gobiernos y arquitectos de los países en vías de desarrollo intentaron resolver el problema de la vivienda de las clases populares, sustituyendo las barriadas, villas y conventillos con bloques habitacionales, cuyos diseños estuvieron inspirados en modelos experimentados en los países industrializados. El resultado de tales aplicaciones no fue lo que se esperaba; la propuesta de los profesionales de la disciplina siguió los principios establecidos por la arquitectura moderna relacionada con proyectos habitacionales.

Peter Krieger utilizó como ejemplo extremo de megalópolis la Ciudad de México, y al respecto de los bloques habitacionales modernos dice:

La implantación de estructuras modernas en el cuerpo de la Ciudad de México no necesariamente mejoró la condición social de los marginados. Casi ninguno de los sueños sociales de los arquitectos vanguardistas, como Le Corbusier y Walter Gropius, se cumplieron [...]; la modernización urbana en la segunda mitad del siglo XX ocurrió como una “limpieza” estructural y social de contradicciones en los métodos racionales de la estandarización. La arquitectura moderna de Nonoalco-Tlatelolco, diseñada por Mario Pani y sus colaboradores, requirió la tabula rasa del terreno y la combinación de elementos estandarizados, en creciente tensión con la ciudad tradicional. Alrededor de esa isla funcionalista, con su tipología simple, se distinguen formas urbanas más densas, caóticas y vívidas (2006, p. 50).

Ante nuevas características del fenómeno, se prueban otras dos opciones: por un lado, la construcción de casas unifamiliares basadas en modelos espontáneos, construidas por etapas y por el otro, el mismo concepto de construcción popular, pero dirigido por autoridades administrativas; las dos propuestas se entrelazaron y propagaron gracias al trabajo del arquitecto John F.C. Turner, quien “propone crear un sistema abierto y descentralizado que permita que los habitantes elijan entre diversas opciones en las distintas fases” (Romero y Mesías, 2004). Turner señala que a mayor participación de los usuarios en la toma de decisiones, mayor bienestar social e individual, “cuando el pueblo ya no tiene control ni responsabilidad en las elecciones decisivas del proceso, el ambiente residencial se convierte” “en un obstáculo para la realización personal y en un peso para la economía”; “dentro de este marco, los habitantes y sus asociaciones pueden valerse de su iniciativa y producir la deseada variedad de construcciones, con las tecnologías apropiadas” (Benévolo, 2005, p. 1033). Otros métodos de diseño participativo utilizados en la producción de vivienda son: el método de soportes y unidades separables, de John Habraken; el lenguaje de patrones, de Christopher Alexander y el método planteado por Rodolfo Livingston.

A manera de conclusiones

Dentro de la producción habitual de objetos arquitectónicos están los diseñados por arquitectos educados en la academia, y los construidos por arquitectos empíricos, el resultado de estos últimos constituye la arquitectura vernácula, la cual puede ser rural o urbana. Varios especialistas utilizan el término *arquitectura popular* para referirse a la arquitectura vernácula producida en las ciudades, sin embargo, la reflexión desarrollada en párrafos anteriores permitió concluir que el concepto arquitectura popular no es equivocado, es ambiguo, y que su sustitución por *arquitectura vernácula urbana* representa el compromiso del arquitecto académico de trabajar junto con el empírico en la producción del hábitat y la vivienda.

A partir de la Revolución Industrial, el concepto de ciudad se ha ido transformando, la concentración de la población en las zonas urbanas dificulta que continúe significando libertad y posibilidad del encuentro con el otro para el intercambio de ideas; el paso de la sociedad industrial a la sociedad informacional colocó en otra dimensión el problema de la demanda de vivienda de los que menos tienen. La revolución tecnológica, que se inició con la creación del Internet, originó la sociedad red; un nuevo capitalismo, caracterizado por la globalización de las actividades económicas más importantes y por la sustitución del sistema de producción en serie, domina el mundo. La sociedad red se distingue por el surgimiento de la cultura de la virtualidad real y con ésta, los multimedia, donde se intenta superar el espacio y aniquilar el tiempo: la consecuencia de la transformación de estos conceptos son las megaciudades. Como resultado del capitalismo informacional, la exclusión social y la desigualdad se presentan en casi todas las metrópolis del mundo; los excluidos son por excelencia los usuarios-construtores de la vivienda vernácula urbana. El problema de la producción de la vivienda para los pobres de las zonas urbanas es real y constituye una tarea inmensa, donde es necesaria la participación de equipos interdisciplinarios.

La complejidad del proceso de obtención de vivienda incluye varias etapas: en la primera se trata la organización, planeación y gestión; en la segunda, la construcción; en la tercera la distribución

y en la cuarta etapa la habitabilidad, el mejoramiento, y el mantenimiento del inmueble; dentro de la primera fase queda incluido el diseño arquitectónico, el cual ha sido minimizado, ya que no solo se circunscribe a determinar la forma del objeto ni tampoco a mejorar aspectos estructurales y funcionales. En el proceso de diseño habrán de considerarse los componentes básicos de la arquitectura: forma, ornato, estructura, función y espacio. Dadas las circunstancias actuales, los modelos de diseño de vivienda más viables son los que contemplan la participación de los habitantes; sin embargo, será necesario que dicha participación se fundamente en el aprendizaje mutuo entre profesionales y arquitectos empíricos.

Bibliografía

- AlSayyad, Nezar (2004). *The End of Tradition?* Londres: Routledge.
- Benévolo, Leonardo (2005). *Historia de la arquitectura moderna* (8a ed.). España: Gustavo Gili.
- Castells, Manuel (2006). *La era de la información: economía sociedad y cultura. La sociedad red*, vol. I (5a ed.). México: Siglo XXI.
- (2006b). *La era de la información: economía sociedad y cultura. El poder de la Identidad*, vol. II (5a ed.). México: Siglo XXI.
- (2006c). *La era de la información: economía sociedad y cultura. Fin de milenio*, vol. III (5a ed.). México: Siglo XXI.
- Engels, Friedrich. *Contribución al problema de la vivienda*. Recuperado de: www.marxists.org/espanol
- Flores Salazar, Armando V. (2002). *Ornamentaria. Lectura cultural de la arquitectura regiomontana*. Monterrey: UANL.
- Illich, Iván (2006). *Obras reunidas* (2 vols.). México: FCE.
- Jordán, Ricardo y Martínez, Rodrigo (2009). *Pobreza y precariedad urbana en América Latina y el Caribe. Situación actual y financiamiento de políticas y programas*. Santiago de Chile: Publicaciones de las Naciones Unidas.
- Krieger, Peter (2006). *Megalópolis, la modernización de la Ciudad de México en el siglo XX*. México: UNAM.
- Maldonado, Diana I. (2003). *Arquitectura vernácula, de lo rural a lo urbano. Consideraciones generales* (tesis de maestría). Universidad Autónoma de Nuevo León, Monterrey.
- Oliver, Paul (1978). *Cobijo y sociedad*. Madrid: Blume.
- Ortiz, Víctor (1984). *La casa, una aproximación*. México: UAM.
- Rapoport, Amos (1972). *Vivienda y cultura*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Romero, Gustavo. *La producción social del hábitat: reflexiones sobre su historia, concepciones y propuestas*. Recuperado de: www.hic-al.org/documentos.cfm?id-docuemnto=1012

Romero, Gustavo y Mesías, Rosendo (2004). *La participación en el diseño urbano y arquitectónico en la producción social del hábitat*. México, D.F.: CYTED.

Romero, Gustavo y Suárez P., Alejandro (1995). Autoconstrucción, gestión popular, políticas de vivienda y asentamientos humanos hacia Hábitat II. En *Hacia Hábitat II. El rol asignado a la participación en las políticas de vivienda en América Latina*. El Salvador: CYTED.

Segundas jornadas para la identidad de la cultura norestense (1986), Gobierno del Estado de Nuevo León.

Flores Salazar, Armando (dir.) (1986). *Segundas jornadas para la identidad de la cultura norestense*. Monterrey: Gobierno del Estado de Nuevo León.

Touraine, Alain (1988). *La transformación de las metrópolis*. Recuperado de: www.lafactoriaweb.com/articulos/touraine6.htm

Venturi, Robert, Scott Brown, Denise y Izenour, Steven (2006). *Aprendiendo de Las Vegas, el simbolismo olvidado de la forma arquitectónica* (6a ed.). España: Gustavo Gili.